Novelistas

VOCES / ENSAYO

COLECCIÓN VOCES / ENSAYO 176

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General de Políticas e Industrias Culturales y del Libro del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Henry James, *Novelistas. Notas sobre novelistas*
Primera edición: noviembre de 2012

Título original: *Notes on novelists with some other notes*

ISBN: 978-84-8393-164-6
Depósito legal: M-32448-2012
IBIC: DSK

© De la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2012
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2012

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás
Impreso en España - Printed in Spain

Henry James

Novelistas
Notas sobre novelistas

Traducción de Amelia Pérez de Villar

ÍNDICE

Robert Louis Stevenson 9
Émile Zola 35
Gustave Flaubert 77
Honoré de Balzac 1902 123
Honoré de Balzac 1913 161
George Sand 1897 181
George Sand 1899 209
George Sand 1914 237
Gabriele D'Annunzio 269
Matilde Serao 321
La nueva novela 343
Dumas hijo 395
La novela en *El anillo y el libro* 419
Charles Eliot Norton 449
Notas sobre Londres 461

ROBERT LOUIS STEVENSON

Robert Louis Stevenson tuvo la inmensa suerte de crear, en mayor medida que cualquier hombre de su oficio en nuestros días, un corpus de lectores inspirados por unos sentimientos que nosotros, mayoritariamente, ponemos sólo al servicio de aquellos a los que profesamos un afecto personal. No hay nadie, podemos afirmar con total seguridad, de cuantos conocieron al hombre, que no fuese también devoto del escritor, confirmándose así una regla general (si es que existe tal cosa) que nos ofrece muchas excepciones; pero como es natural y no necesariamente inconveniente no todos los devotos del escritor tuvieron la posibilidad de llegar hasta el hombre. La cuestión fue que, de algún modo, el hombre sí llegó hasta ellos y leerle –me refiero a leerle en toda la magnitud de su atractivo– llegó a significar para mucha gente casi tanto como conocerle en persona. Fue como si se escribiera a sí mismo de la forma más categórica y completa y saliera directamente a la superficie de su prosa, o aún más, a la superficie del más afortunado de sus versos; de modo que todo esto

irradiaba, además de muchas otras cosas, su propio aspecto, sus gestos y su voz, sugería su vida y sus maneras, todo lo que allí había de él, sin exceptuar sus «tremendos secretos». Enseguida conseguimos poseerle entero, y el ejemplo es de lo más curioso y bello si tenemos en cuenta que nunca hizo de la confesión un negocio ni cultivó casi ninguna de esas formas que sirven para hacer brillar el ego. Sus grandes éxitos fueron historias inventadas de personas muy diferentes a él y el objetivo, como hemos aprendido a llamarlo, fue el ideal al que se entregó en sacrificio la mayoría de las veces.

No obstante, esto tuvo tal repercusión que sus *Cartas* nos han proporcionado el placer de dar el empujón definitivo a una puerta que ya estaba entreabierta y que franqueamos con extraordinaria ausencia de todo sentimiento de intrusión. Porque tenemos la sensación de vivir allí con él, pero entonces surge la pregunta: ¿qué hemos estado haciendo hasta ahora? En todas sus *Cartas* brilla el ego, sin duda, y de qué formidable manera: a fin de cuentas, brillar es lo mejor que puede hacer el ego en cualquier carta. Hasta las *Cartas de Vailima*, publicadas por el señor Sidney Colvin en 1895 ya habían logrado dos cosas: afianzar cuanto acabamos de decir y aplacar nuestra inseguridad: «El otro día se me ocurrió de pronto que este diario mío que te escribo puede ser un buen bocado cuando me muera: cualquiera podría convertirlo sin grandes dificultades en un libro de algún tipo. Así que, por amor de Dios, no lo pierdas».

Ya que estamos en estos términos con nuestro autor, y nos sentimos como si siempre lo hubiéramos estado, vamos a aprovecharnos de esas libertades que no parecen sino la consagración de esa intimidad. Porque no sólo no tenemos sensación de intrusión: estamos además tan dispuestos a

penetrar más que, cuando lleguemos al límite, nos sentiremos como si se hubiera mutilado la historia y nuestro ejemplar no estuviera completo. Ahí está justamente lo que captamos como el secreto de nuestro vínculo: claro que era personal, si no ¿qué relación iba a propiciar, más que la de la convivencia? Habíamos convivido con él en *La isla del tesoro*, en *Secuestrado* y en *Catriona*, de la misma manera que lo hacemos, a la luz de estos volúmenes póstumos, en los Mares del Sur y en Vailima; y nuestra actual confianza proviene de una continuidad real, especialmente atrayente. No es que estas novelas fuesen «subjetivas»: es que su vida fue romántica y, en el mismo grado que su propia concepción, su presentación de ese elemento nos toca y nos conmueve. Si queremos saber más es porque siempre estamos dentro de esa historia, por todas partes.

A esta dimensión tan fascinante del relato contribuyen de hermosa manera los dos volúmenes de correspondencia editados ahora por el señor Sidney Colvin. El anaquel de nuestra biblioteca que alberga mis epistolarios predilectos está bastante bien provisto, pero no abarrotado: su gloria no es tanta como para negar un hueco a Stevenson entre los primeros. Porque él no figurará entre los escritores –aquellos que merecen disfrutar de los primeros puestos de esta fila– a los que sólo les ocurren cosas insignificantes y que nos engatusan sacando a esas cosas el máximo partido, no: él pertenece a esa clase que tiene el material y las maneras, la sustancia y el espíritu, esos a quienes la vida lleva sin sobresaltos, y que a su paso envían señales y se comunican, por no decir que gesticulan notoriamente. Él vivió hasta el último pulso, y lo más grave que le podía haber pasado hubiera sido verse en una situación de la que no tenía nada que contar. De cuantas palabras pueda haber pronunciado en determinadas ocasiones, es inevitable,

no tenemos noticia ahora mismo: un hecho perverso que, como ya he sugerido antes, nos afecta como un inexcusable vacío en la historia. Pero nunca le faltó aquello por lo que nos gustan sus cartas: la expresión completa del momento y el estado de ánimo, lo bueno, lo malo y lo regular que hubiera en su cabeza, en su corazón o en su casa.

Colvin nos ofrece una admirable «Introducción»: una caracterización de su amigo fundada en el conocimiento y en el juicio hasta tal punto que toda la esencia del hombre nos golpea como si se hubiera extraído y expuesto directamente en ese texto. Aclara lo relativo a cada grupo y cada período con notas que no dejan nada que desear; y nada me queda a mí tampoco por agradecerle, salvo la sospecha de que buscaremos otro volumen que nos ayudará a liberarnos de esa sensación de misterio que nos provoca el autor: deberemos aceptarlo, insisto, con la misma ausencia de escrúpulos. No hay nada que defina tan bien nuestro tiempo como esa cuestión de lo inviolable, el derecho de intimidad y la justicia de nuestro clamor para protegernos de los editores y otros intermediarios y escondernos tras la máscara de un personaje eminente o desafiante; y el nudo que así se presenta es, desde luego, difícil de deshacer. No obstante, podemos considerarlo como una cuestión sobre la que publicaciones como la del señor Colvin tienen mucho que decir.

No hay intimidad absoluta salvo, claro está, que el sujeto expuesto deseara o se entregara activamente a procurarla; cuanto es sagrado en exceso no suele no ser, en otros sentidos, superlativo. Podemos sostener que hay personas –tal vez, especialmente los artistas– que están bien aconsejadas si el consejo es que borren sus huellas; y nuestro andar tras ellos, o nuestro permanecer en pie ante ellos, en algunos casos, es

cuestión sin importancia si se compara con el hecho de que hemos aumentado nuestro valor. Una vida como la que ahora nos ocupa puede, naturalmente, no ser más que el reverso de una estrategia disuasoria para el que insiste en preguntar, y un ejemplo sobremanera acertado porque conlleva el riesgo de la indiscreción. Stevenson nunca borró sus huellas, y esas huellas han resultado ser, seguramente, nuestro mejor compañero. Las hemos seguido hasta aquí, de año en año, de estadio en estadio, con la misma sensación de encantamiento con la que él nos hizo seguir a algún héroe acorralado entre el brezo. Vida y destino, y alguna catástrofe temprana, le pisaron siempre los talones y cuando al final cayó de rodillas, luchando en un acto de pura valentía, se nos ofrece ese «final feliz» como lo llama en algunas de sus cartas: esencial, aunque precipitado y nada convencional.

Sus antecesores y sus orígenes contribuyen a un retrato que, me parece a mí, no podría haber tenido mejor comienzo –dado que hablamos de «finales»– aunque lo hubiera preparado. Pero, claro está, sin unos preparativos adecuados, no fue más que una maraña de palabras desperdiciadas sobre él, una de esas innumerables cuestiones de «efecto», escocés o no, que contribuyeron a poblar su conciencia romántica. En primer lugar, Edimburgo, la ciudad romántica, que además de su ciudad fue la del gran precursor al que en *Weir de Hermiston*, y en cualquier otra obra, exprime tanto a pesar incluso de la ausencia continua, en virtud de sus constantes referencias imaginativas y de un bagaje intelectual inmenso. El trasfondo inmediato, constituido por la actividad a la que se dedicaba su familia –se encargaban de encender el alumbrado público en las costas del norte– fue el escenario en el que mejor pudo ver cuál sería su camino; no fue menos oportuno el hecho

de que estuviera solo en casa de su padre, máxime cuando el padre –de manera admirable celebrado por el hijo y ensalzado según su estilo– fuera un hombre a la antigua, lleno de vigor y el hijo, un genio en ciernes y de constitución frágil, fuera (en palabras de la encantadora anécdota de una dama de Edimburgo, recogida en uno de estos volúmenes) si no exactamente lo que podríamos llamar «huesudo», sí «pálido, penetrante e interesante». Desde el principio se imponía aplacar al poeta que había en él: naturalmente, esto sólo duró un tiempo, durante el cual vivió con lo justo, como suele suceder con los poetas. Así que, representando su papel con fricción y tensión, y con la relación filial perturbada al modo clásico, rompiendo la tradición y perdiendo la fe de cuando en cuando, con excursiones inquietas y regresos sombríos, con el amor de su vida mezclándose en su corazón, en gran medida, con todo tipo de muestras piadosas y de pasión, y con el artista injustificado fermentando y ganando terreno al ingeniero díscolo, con todo ello gozó Stevenson del mejor comienzo posible para llegar a ser el personaje al que se acabaría aferrando.

Obviamente, todo esto es lo que la historia –que luego acabaría por aceptarse de manera generalizada– pretendía ofrecer como meros pecadillos juveniles de una inteligencia algo misteriosa. Pero la vida tuvo luego la divina habilidad de llevarle por un curso normal y coronarle, tras un par de aventuras para pasar el rato, con una boda temprana y una gran responsabilidad cívica. En otras palabras: la historia real iba a trascender a la historia aceptada, pues se trataba del caso de un héroe que había pasado enormes dificultades y había salido bastante bien parado. No había ningún problema respecto a la disciplina de Alan Fairford, pero el joven era,